

¿Qué es ser antisistema?

Notas al correr de la máquina al conocerse los lamentables sucesos de Bagua

En la década de los 80s, coincidiendo con el retorno a la democracia constitucional, una organización de peruanos y peruanas consideró que esa democracia era solo aparente porque no era plena. Tenían razón en que no era plena, pero no en que solo era aparente. Incluso, pese a sus limitaciones, contaba con instituciones valiosas y abría una posibilidad de ser modificada por medios pacíficos. Con una fundamentación maximalista, ésta organización justificó su decisión de iniciar un camino de acción violenta articulada a una ideología socialista autoritaria, supuestamente antisistema, la misma que ganó apoyo social en determinados segmentos de la sociedad y regiones que vivían con exclusión económica y social.

La destrucción causada por esta decisión y la fuerza creada por ella, la conocemos: 70 mil muertos y desaparecidos, 25 mil millones en pérdidas materiales, 600 mil migrantes forzosamente desarraigados, una involución de nuestro proceso social, económico y político. En un país pobre y empobrecido se trató de una verdadera catástrofe. El informe de la CVR hizo consciencia de la paradoja de la emergencia de una experiencia de violencia extrema justamente en momentos en que la institucionalidad democrática empezaba a restaurarse y quizá profundizarse. La CVR puso al descubierto muchas causas de la catástrofe vivida y estableció responsabilidades. Nadie está exento de esas responsabilidades, ni siquiera la izquierda que, aunque tuvo muchas víctimas, no hizo en su momento el deslinde necesario y muchas veces sólo criticó los métodos más violentos de SL más no su visión de sociedad y de cambio.

Casi dos décadas después, el Perú tiene una importante reactivación de la economía, un crecimiento que al iniciarse el siglo XXI ocurre bajo condiciones de democracia, se trata de crecimiento real pero insuficiente para atender necesidades y demandas desbordantes, un crecimiento con beneficios que se distribuyen de modo desigual. Aún así, hay evidencias de una cierta mejoría en muchos sectores y regiones. A partir de las limitaciones señaladas, esta vez otro grupo de peruanos y peruanas, no organizados para la violencia pero si con un pensamiento maximalista, sostiene que este crecimiento no tiene mayor valor, que podemos prescindir de la gran inversión privada nacional y extranjera en nuestro desarrollo y que poco importa garantizar la inserción de la economía peruana en el mercado internacional. Una vez más se presenta la paradoja de tener las condiciones para un crecimiento sostenido y quizá una transformación económica que podríamos aprovechar mejor, pero quienes podrían contribuir en ese sentido consideran que no habría problema si se la interrumpe solo porque no corresponde con sus ideologías. Con esta visión justifican y respaldan (en algunos casos promueven y alientan) cualquier tipo de acción colectiva "contra el modelo o el sistema", en su conjunto, e incluso justifican aquellas formas de lucha contra el "modelo" que pudieran perjudicar a los más pobres, poner en riesgo la vida de muchas personas al exacerbar conflictos, para no mencionar otros perjuicios económicos con efecto en el mediano y largo plazo.

Para el sector maximalista la consigna es "tirarse abajo los TLC" y desgastar al gobierno (que bastante hace por su parte para eso, especialmente el partido de gobierno), aunque ello implique desestabilizar el estado de derecho, erosionar avances democráticos y

paralizar el crecimiento económico. La lógica es la siguiente: *el gobierno tiene la culpa de todo, por lo tanto para enfrentarle también vale todo*. Para aplicar la consigna hay un abanico de opciones, claro está que no todos piensan lo mismo. En las tendencias más extremas se puede observar un creciente radicalismo verbal, el respaldo cada vez más abierto a la estrategia internacional de Hugo Chávez y de Evo Morales, el no pronunciarse frente a situaciones críticas como bloqueos de carreteras, el llamado a la insurgencia, etc. Al igual que en los 80s, para un sector de peruanos el enemigo es el Estado, los empresarios y el “sistema”, y sus aliados son todos los que luchan contra aquellos.

En el Perú de inicios del siglo XXI ninguna ideología tiene fuerza articuladora, tampoco hay organizaciones políticas con capacidad de conducción estructurada. La articulación ciudadana y social frente a temas públicos y políticos, más que en torno a ideologías ocurre por la canalización de las demandas y propuestas que organizan redes de incidencia política. Por lo general este tipo de articulación conduce a cambios de políticas y contribuye a institucionalizar la democracia participativa. La otra forma predominante es la formación de conglomerados sociales que se unen frente a lo que se considera una amenaza, en este caso la unidad más profunda se da por la existencia de un estado de ánimo caracterizado por la indignación frente a lo que se considera una injusticia y contra expresiones degradantes del sistema político: la arbitrariedad en el uso del poder, la corrupción, la indolencia, la incapacidad de gestión, la insuficiente consulta ciudadana. Estas formas predominantes generalmente no llevan a cambios de políticas sino a confrontaciones donde miden sus fuerzas los oponentes, llegan a arreglos temporales solo para tener un respiro en preparación de una nueva y más violenta confrontación que puede descomponer niveles elementales de convivencia, alimentando la convicción entre las partes de que el oponente es un enemigo al que se debe destruir. Las formas tumultuosas de esta vía y sus terribles resultados ya las habíamos visto en el caso de Ilave, Puno.

Al haber una crisis de representación política de los intereses sociales y al no haberse consolidado las instituciones de la democracia participativa, la canalización de la indignación se hace a través de luchas frontales en cuanto escenario sea visto como propicio por los actores, da lo mismo que este sea la Av. Abancay, en Lima, el aeropuerto de Cusco, el congreso, un tramo del oleoducto, la Panamericana, o la comisaría de Abancay. En este marco, los espacios de concertación entre el Estado y la sociedad no son vistos como sustento de vida democrática sino como espacios mediáticos de pasada, tableros de juego que en cualquier momento se pueden patear si ello importa para ganar correlación. Es decir, la eficacia de cada contrincante radica en obtener sus metas sectoriales aún cuando ello implique la destrucción de las más elementales reglas de juego democráticas y pudieran traer como consecuencia pérdida de vidas.

En verdad esta forma de entender y hacer política no es propiamente antisistema. Es más bien lo que caracteriza a nuestro sistema político desde que ocurrió la senderización y la instalación del narcotráfico. Que los oponentes se vean mutuamente como enemigos irreconciliables y que no le atribuyan ningún valor a los procesos y mecanismos de concertación ni se respeten la constitucionalidad de las leyes y procedimientos para la gobernabilidad democrática, es decir al Estado de Derecho, quiere decir que Sendero y el grupo Colina han ganado la batalla en los corazones y en

las mentes de muchas personas, y que para muchos lo vivido en las últimas décadas no haya sido un motivo de aprendizaje .

Lastimosamente las élites democráticas que gobiernan el Perú han construido y siguen construyendo una democracia de baja calidad. Simultáneamente, la no renovación de los liderazgos en la sociedad civil determina la baja calidad democrática de las respuestas a los problemas del sistema político. Ambos fenómenos son las dos caras de la misma moneda. Este sistema autodestructivo de capacidades se va reproduciendo en la línea del tiempo. El libreto parece estar escrito desde siempre, el drama y su desenlace es previsible por su repetición: La democracia de baja calidad será arrinconada por la protesta reivindicativa desbocada (con o sin liderazgo). El desorden resultante legitimará en su momento la “salida” autoritaria que sacará del escenario a los demócratas ineficientes y también a su oposición política y/o social. Luego este autoritarismo mostrará su insanía y corrupción y caerá por la presión externa y la de una alianza transitoria de las élites que no aprenden y las masas potencialmente reivindicativas, unidas no por un proyecto común sino por oposición a un tercero. Y así, la rueda de la historia política del Perú seguirá moviéndose en un camino circular, devorando las capacidades y esperanzas de generaciones enteras y condenando a las nuevas a perecerse a las anteriores, pero en sus peores tradiciones.

¿Qué es ser realmente antisistema? Desde mi punto de vista consiste, entre otros puntos, en tomar distancia y actuar a contracorriente del actual que se alimenta de los factores mencionados. Esto es, salirse de la tentación autodestructiva y promover una cultura de diálogo y concertación basada no sólo en mecanismos sino en el deseo y en la intención de lograr acuerdos que se respeten como componentes sustantivos de las relaciones sociales y del sistema político. Es apoyar los esfuerzos de representar adecuadamente los intereses sociales y de crear espacios públicos deliberativos donde se construya un horizonte compartido de ganar-ganar entre una pluralidad de actores.

Todo aquello que alimente la senderización de las mentes y los corazones es favorecer el cruento sistema que se impone a nuestras nuevas generaciones a modo de karma. Es vital que nos demos cuenta que no es la hora de engañosas ideologías que muchas veces no son sino racionalizaciones para fundar discursos políticos que enmascaran odios sustentados en convicciones desproporcionadas, en temores que podrían resolverse de un modo incruento, en deseos de dar muerte a otros, y también....., aunque parezca extraño, en deseos de matarse.

No dejo de reconocer el valor de los cambios que deben hacerse en el sistema político y en la estructura económica para construir una sociedad humana mas justa. De hecho estoy comprometido en esta causa. Pero a la vista de los antiguos y los más recientes y lamentables acontecimientos, no puedo sino resaltar un problema más profundo que tiene que ver con las emociones, con lo no discursivo, con esa sociedad oculta que se niega a crecer y que justifica la muerte por la “culpa de los otros”. Pienso, en suma, que este problema tiene que ver esencialmente con el estado de la energía entre nosotros.

Lima, 2010

*Julio Chávez Achong
Centro IDEAS/ Red Perú*